

y sólo así a comprender
mi ventura llegarás...

¡Ni más tú debes saber
ni decir yo puedo más!...

Con misterio.

Resuena un clamor de trompas
de caza.

¡Adiós!... A la cetrería
me llama el áureo clamor
de esos clarines... ¡Buen día
de caza!... Será el mejor

que en mi existencia he tenido!...

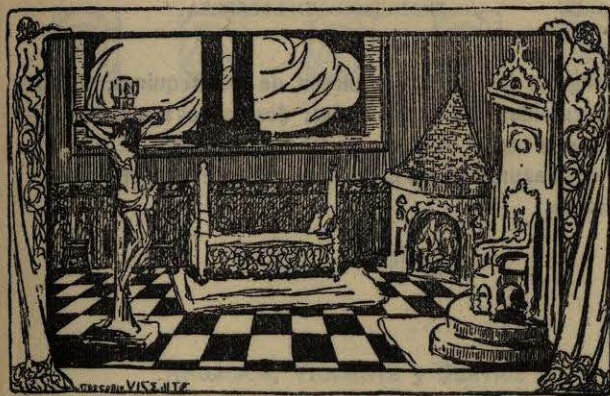
¡Hoy mi halcón a cazar va
el bien que lloraba ya
eternamente perdido!...

Se va precipitadamente por el
fondo entre el clamor de las trom-
petas, dejando a Angélica turbada
en el centro de la escena, mientras
desciende lentamente el telón.



ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO



ACTO SEGUNDO

Salón gótico en el palacio del rey Arturo. Al fondo, una amplia galería abovedada que cierra el balaustre de mármol de la escalinata que conduce a los jardines. Por el hueco florido de los arcos resplandece la maravilla de las frondas envuelta en la plata azulosa y deslumbrante del plenilunio. A la derecha, dos grandes puertas que dan a los departamentos del Rey. A la izquierda, otra puerta oculta por un rico tapiz, que sirve de entrada al reposorio de la Princesa; y en el mismo lado, a segundo término, un Cristo de talla, en una hornacina empotrada en el muro, iluminado por una lámpara de plata. La luz de la lámpara alumbra tristemente la escena. Sillones de alto respaldo en cuyos remates, sostenidas por dos

ángeles de bronce, que sirven de lambrequines, brillan, esculpidas, las armas reales: dos leones rampantes de oro en campo de plata. En las garras de uno se abre un lis de azur, y en las del otro se retuerce una serpiente de sable.



ACTO SEGUNDO



Salen Rodón en el palacio del Rey Arturo. Al fondo una amplia galería abovedada que da al palacio. En el centro de la escena se ve un escritorio con un sillón a los lados. Por el fondo se ve el jardín de los árboles y el muro del palacio. A la derecha, dos grandes puertas que dan a los departamentos del Rey. A la izquierda una puerta oculta por un rico tapiz que sirve de entrada al apartamento de la Princesa y en el mismo lado a la derecha, en el fondo de la sala, en una hornada empotrada en el muro, iluminada por una ventana de arco. La sala de la izquierda siempre está vacía. Salen Rodón en el centro de la escena, rodeado por los



ESCENA PRIMERA

ANGÉLICA, VIOLANTE y BEATRIZ.

Conversando, en voz baja, en el centro de la escena.

VIOLANTE

¡Malhaya la cetrería,
que a este reino va a dejar
como a un huerfanito ciego
perdido en la obscuridad!

BEATRIZ

Al internarse en el bosque
la comitiva real,
el corcel del rey Arturo
resbaló en un matorral,
y a tierra, con su jinete
malherido, vino a dar!

ANGÉLICA

Y cuatro pares del reino,
los de más noble solar,
en hombros, sobre un escudo,
lo entraron en la ciudad!

Los ojos vítreos traía
y ensangrentada la faz,
¡y las gentes sollozaban
al contemplarlo pasar!

BEATRIZ

Y luchando con la muerte
lleva una semana ya!...

VIOLANTE

¡Malhaya la cetrería,
que a esta tierra va a dejar
como enlutada viuda
sin amparo y sin hogar!

Pequeño silencio.

BEATRIZ

Y no habla nada?...

ANGÉLICA

Tan sólo
a su estancia mandó entrar
a la Princesa y al Conde:
—¡Hijos— exclamó— doblad
la rodilla, y recibid
mi bendición paternal,
que quiero veros casados
antes que llegue a expirar!—

Era su voz un gemido;
y al esfuerzo para hablar,
sobre su pecho, veíase
su lengua barba temblar!...
Y hoy, junto a su mismo lecho,
levantaron un altar,
y a presencia de la Corte
les ha unido el Cardenal!...

Los novios y el moribundo
comulgaron a la par!...

Y a la Princesa causó
tal impresión, que al final,
desmayada hasta su lecho
la tuvieron que llevar!...

BEATRIZ

Y el novio?...

VIOLANTE

A la Corte entera
ha mandado convocar
esta noche, no se sabe
con qué objeto... Mas será
alguna nueva desgracia,
que cuando los lobos dan
en atacar un rebaño,
no paran hasta acabar,
porque los hambrientos llegan
cuando los hartos se van!

Con recelo, como si temiese que
la oyeran.

Se dice que de su hermano
Lotario,—de aquel galán
tan apuesto y generoso,
que en vísperas de casar
con la Princesa, encontraron
muerto sobre ese cristal,—

Señalando al lago.

el secreto de la muerte
ha logrado averiguar...
¡Y ante ese Cristo ha jurado
su noble sangre vengar!...

BEATRIZ

Sin poder contenerse.

Si la Infantina quisiera,
bien le pudiera informar!...

Todas se estremecen al escuchar
el nombre aborrecido.

ANGÉLICA

La Infantina es una víbora
enroscada en un rosall!...

Y ¡ay! de aquel, que de sus flores
quiera el perfume aspirar,
que en sus venas la ponzoña
de la muerte sentirá!...

BEATRIZ

Parece que en estos días
ha aumentado su crueldad...

ANGÉLICA

Profundamente emocionada, con
un dejo de ira en sus palabras.

Ayer azotó a una esclava
con tanta ferocidad,
que la sangre de la mísera,
de las venas al brotar,
bordó de vivos rubíes
el tisú de su briall...

Y hasta a Gastón, su halconero,
de grillos mandó cargar,
encerrándole en la torre
más alta de la ciudad...

Y gracias que la Princesa
se interpuso, si no ya
tan sólo nos quedaría
de tan bizarro galán,
un esqueleto pendiente
del garfio de un almenar!...

BEATRIZ

¿Por qué con él tanta saña
siendo su paje?...

VIOLANTE

Viendo aparecer por la primera
puerta de la derecha a Micer Har-
roldo.

¡Callad!...

De la Cámara del Rey
sale el Canciller Real!...

Todas se aproximan ansiosamen-
te al que sale, para inquirir noticias.





ESCENA II

DICHAS Y MICER HAROLDO

VIOLANTE

¿Cómo sigue el Soberano,
Micer Haroldo?...

HAROLDO

¡Muy mal!
Con el fulgor de esa luna
su vida se apagará,
pues dicen que su destino
ligado a Luna está,
y del destino las leyes
nadie las puede burlar!

BEATRIZ

Micer Pietro, el florentino,
con su ciencia ¿no podrá
salvarle?...

VIOLANTE

Dicen que ha hecho
tales prodigios, que más
que prodigios son milagros!...

HAROLDO

Severamente, señalando al Cristo.

¿Milagros?... ¡No blasfemad!...
¡Sólo Aquél que en el madero,
clavado y sangrando está,
sólo Aquél, de hacer milagros
y prodigios es capaz!

La ciencia del hombre es solo
vanidad de vanidad:
humo que más se disipa
cuanto se levanta más!

ANGÉLICA

Mas cuentan que el florentino
al señor de Mirabal,

que volvió de las Cruzadas
leproso, con solo untar
sus lacras, con hierbas de esas
que crecen en la humedad
de los pantanos del Ródano,
la lepra logró curar...
¡y hoy es gala de Provenza
el señor de Mirabal!

VIOLANTE

Y al Papa, que en Avignón
es luz de la Cristiandad,
¿no fué Micer Pietro quien
sanó de su enfermedad,
de la enfermedad que todos
reputaban de mortal? ..

HAROLDO

Ni al Soberano Pontífice
ni al baronel provenzal

su hora les hubo llegado,
 como le ha llegado ya
 al Monarca que a estos reinos
 sin cabeza va a dejar!...

BEATRIZ

¿No hay esperanza?...

HAROLDO

¡Ninguna!...

Ya ha empezado a agonizar...
 La noticia por el reino
 voy a mandar pregonar...
 ¡Vosotras, arrodilladas,
 pedid al cielo piedad
 por su alma, porque presto
 oiréis, medrosas, doblar
 por nuestro Rey, las campanas
 de la vieja Catedral!...

Sale lentamente por la galería del
 fondo. Las damas le siguen, y mien-

tras él desciende por la escalinata,
 se agrupan conmovidas al amparo
 de los arcos, y así permanecen un
 instante, contemplando el encanto
 blanco y perfumado de la noche
 plenilunar.





ESCENA III

TODAS MENOS MICER HAROLDO

ANGÉLICA

¡Qué noche!... No sé qué tiene
la Luna, qué hay en el viento,
que dentro del pecho siento
que el corazón se detiene

como encogido de espanto,
y hasta mis pupilas sube
algo así como una nube
que quiere estallar en llanto!...

Todas se estremecen y se estre-
chan entre sí aterradas, mientras

desgarra el silencio el alarido de un pavo real.

VIOLANTE

¿Oyes?... Los blancos pavones
en los altos balaustres,
estremecen sus plumajes
en medrosas convulsiones;

y su alarido resuena
en la noche limpia y clara,
igual que si un alma en pena
por el silencio pasara!...

BEATRIZ

Temblando entre los jazmines
la Luna es como un sudario
que amortaja el solitario
ensueño de los jardines.
En el pavor de la hora
callaron los ruiseñores,
y hasta parece que llora
la voz de los surtidores!...

ANGÉLICA

Hay como un sordo lamento
de garganta estrangulada
en el suspirar del viento
entre la verde enramada!...

Y los golpes del batán
me estremecen de pavora...
¡Parece, Beatriz, que están
cavando una sepultura!...

Reparando en la lámpara. Todas
se vuelven aterradas.

Y hasta la luz temblorosa
de la lámpara que arde
al pie del Cristo, cobarde
se agita y tiembla medrosa;

y su círculo movable
de sombra, a veces, se para,
cual si apagarla intentara
alguna boca invisible!...

Pequeña pausa. Se dirigen al am-
paro de la santa hornacina.

BEATRIZ

¡Ay, tengo miedo!

Se arrodillan al pie de la Cruz,
con las manos tendidas en una fer-
vorosa imploración.

VIOLANTE

¡Señor,
por tus angustias y por
los martirios de la Cruz,
ampara al Rey!...

BEATRIZ

¡Dadnos luz
en esta noche de horror!...

ANGÉLICA

¡Por la corona de abrojos
que aún sangra sobre tu frente;
por el llanto de tus ojos,
ampáranos, Dios clementel!...

Permanecen inmóviles orando,
mientras por la galería del fondo,
bajo el hechizo misterioso de la
Luna, aparecen Rosaura y Gastón.
Al rumor de los pasos sobre el lo-
saje de mármol, las orantes se agi-
tan, estremeciéndose de terror, pe-
gándose las unas a las otras en un
abrazo de miedo: tal un rebaño al
sentir las pisadas cautelosas de las
fieras hambrientas.

ESCENA IV

